

31 Diciembre 1878.
20.500
35-130-21

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

ASIRSE
DE UN CABELLO,

PROVERBIO EN UN ACTO,

ARREGLADO LIBÉRRIMAMENTE Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO CAMPRODON.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

HUOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1878.

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Bodas trágicas.....	1	D. José Echegaray.....	Todo.
Como se empieza.....	1	Miguel Echegaray....	»
Contra soberbia humildad.....	1	José del Castillo.....	»
El afán de bullir.....	1	Mariano Chacel.....	»
El amor y la sotana.....	1	J. y Tomás de Asensi..	»
El arte de ser feliz.....	1	José Hernandez.....	»
El sargento y el patán.....	1	Cárlos Calvacho.....	»
El secreto del tío.....	1	Manuel Ossorio.....	»
El tío Anguilla.....	1	Antonio Rodriguez....	»
Enmendar la plana á Dios.....	1	E. Zamora y Caball.º	»
Entre dos Manzanos.....	1	Mariano Chacel.....	»
Jugar con la misma carta....	1	Tomás de Asensi.....	»
La bruja Celestina.....	1	Cárlos Calvacho.....	»
La locura de amor.....	1	E. Z. y Caballero....	»
La más preciada riqueza.....	1	Franc. Flores García..	»
La perra de mi mujer.....	1	J. Jackson Veyan....	»
Las dos bellezas.....	1	Leopoldo Parejo.....	»
Los sustos.....	1	Antonio Rodriguez....	»
Llevar la corriente.....	1	F. Flores García.....	»
Peor que mi suegra.....	1	Eduardo Navarro.....	»
Quedarse zapatero.....	1	Eduardo Guillen.....	»
Queiebras del oficio.....	1	P. M. Barrera.....	»
Una chica alemana.....	1	E. de S. Fuentes.....	»
Una palabra empeñada.....	1	M. Baquero.....	»
Un defecto.....	1	Franc. Flores García..	»
Vaya un viaje.....	1	Pascual y Cuellar....	»
¡Al santo, al santo!.....	2	M. Echegaray.....	»
Bueno como el pan.....	2	E. C. Navarro.....	»
Curarse de mal de suegra.....	2	M. Vallejo.....	»
La filoxera del poder.....	2	Mariano Chacel.....	»
La locura contagiosa.....	2	E. Zamora y Caballero	»
Algunas veces aquí.....	3	José Echegaray.....	»
Contra viento y marea.....	3	M. Echegaray.....	»
Correr en pos de un ideal.....	3	José Echegaray.....	»
Cuenca por Alfonso VIII.....	3	R. Borlado.....	»
El Doctor Diógenes.....	3	J. Zorrilla y Pacheco..	»
El yerno del señor Manzano.....	3	E. Carbou y J. Martín y Santiago.....	»
Grandezas Humanas.....	3	J. A. Cavestany.....	»
La primera en la frente.....	3	Luis Pacheco.....	»

ASIRSE DE UN CABELLO.

José Rodríguez

José Cortés y Merino

44-5

ASIRSE DE UN CABELLO,

PROVERBIO EN UN ACTO,

ARREGLADO LIBÉRRIMAMENTE Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO CAMPRODON.

Representado por primera vez en el Teatro del PRINCIPE el 18
de Abril de 1868.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ. — CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

MILIA..... SRA. DIEZ.
 RICARDO..... SR. CATALINA (D. Manuel).

La propiedad de este proverbio, la de

Flor de un día.
 Espinas de una flor.

Libertinaje y pasión.
 Una ráfaga.

y la del libreto de las zarzuelas

El Dominó azul.
 Los Diamantes de la Corona.
 Tres para una.
 Guerra á muerte.
 El Vizconde.
 El Diabolo en el poder.
 El Lancero.
 Juan Lanas.
 El relámpago.
 Una vieja.
 Una niña.
 La Jardinera.
 Por conquista.

Un pleito.
 Beltran el aventurero.
 Un Cocinero.
 ¡Quien manda manda!!
 El diablo las carga.
 El zapatero y el banquero.
 El gran bandido.
 Del palacio á la taberna.
 Los dos mellizos.
 Los suicidas.
 Marina.
 Galatea.
 El pan de la boda.

pertenece á la Viuda é Hijos de Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Ref. p. por. lib. 51.

A MI HIJA CARMEN.

Confieso, hija mia, que desconfiaba un tanto del fallo público, al ofrecerle un proverbio serio, filosófico y de intencion moral, reducido á dos personas y á una sola escena.

Es cierto que el deseo de vencer esa grave dificultad, me hizo poner mis cinco sentidos en defenderlo con más empeño, empleando en él mucho más tiempo del que me han costado las obras de más extension é importancia; pero dudo que mis fuerzas hubiesen bastado á sacarlo á flote, sin la eficaz ayuda de Matilde Diez y Manuel Catalina, á los cuales no sé qué agradecer más, si el esmero artístico de que han hecho alarde en los minuciosos detalles de su inmejorable ejecucion, ó el cariñoso interés que he encontrado en ellos desde que les hice la primera insinuacion de mi obra.

Pueden ambos tomar la parte que quieran en la gloria del éxito: por grande que la tomen, se la otorgo ganada en buena ley, y lo ménos que les debo es este público testimonio de mi gratitud y aprecio.

Despues de esto, te la dedico como uno de mis trabajos más concienzudos y como prenda de cariño de tu

Papá.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa el elegante cuarto de tocador de una distinguida dama. Dos puertas con hojas en el fondo; la de la derecha comunica con el interior de la casa, con forrillo; la de la izquierda será el dormitorio de Emilia, cuya cama es bueno que se vea. Entre las dos puertas gran chimenea encendida. En primer plano derecha un sofá; en primer plano izquierda tocador con neceser y demás cosas; alguna entrega de obras. En segundo plano izquierda una puerta. En el centro velador con candelabros, que puede también estar sobre la chimenea, sillas, sillones, sofá, etc.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA y RICARDO, entrando de vuelta de un baile de etiqueta, ella con abrigo y él con paletó y una palmatoria encendida, al entrar en el cuarto se quita el sombrero.

EMILIA. (Dirigiéndose al tocador á quitarse el abrigo, guantes, pulseras, etc. El autor encarga á las actrices que desempeñen este papel, las maneras del más esquisito buen tono, y una dicción de risueña indiferencia en toda la primera escena, y un juego de movimiento de completa naturalidad.)

Para mí, la de más gusto

era la de Villalar;
es una mujer que tiene
una gracia sin igual.

Ric. Despues de tí.

EMILIA. (Volviendo la cara con sorpresa desde el tocador.)
Muchas gracias,

marido; de cuándo acá?

Ric. De siempre: sabes que yo
nunca faltó á la verdad.

EMILIA. (Encogiéndose de hombros.)
Me extraña: dicen que tú eres
hoy su... influencia.

Ric. No hay tal:
nunca he tenido con ella
nada de particular.

EMILIA. Pues hijo, el perder el tiempo
no es de profesores.

Ric. Ya!
más... *non sempre chiusa ai popoli*
fú la lacuna fatal:
todo quiere su sazón.
¿Sabes que este cuarto está
más confortable que el mio?

EMILIA. De veras?

Ric. Sí, mucho más:
el mio es una nevera,
y aquí hay un ambiente, tan...

EMILIA. Siéntate un rato si quieres,
y te puedes calentar.

Ric. ¿No te desnudas aún?

EMILIA. No es tan urgente, tiempo hay.

Ric. Sentiría incomodarte.

EMILIA. No, hombre, no; si jamás
me acuesto ántes de las dos.

Ric. Entónces, voy á abusar
de tu ofrecimiento un rato.
(Deja la palmatoria sobre el velador y se sienta á
la derecha del mismo, mientras Emilia continúa
en el tocador.)

EMILIA. Caballero, usted está
en su casa.

Ric. (Con risueña intencion,)

Házmelo bueno.

EMILIA. (Sin darse por entendida.)

Decías que mi *buduar*
tiene buen gusto, eh?

Ric. Muchísimo:

yo no conozco otro igual.

EMILIA. (Con malicia.)

Pues tú... conoces bastantes.

Ric. (Sin recoger la alusión.)

No sé cómo os arreglais
para darle este... Si vieras
mi cuarto que frío está!

EMILIA. Será por desidia tuya:

por qué no haces preparar
la chimenea con tiempo?

Ric. Porque yo soy un Adán.

EMILIA. (Viniendo á sentarse á la izquierda del velador.)

Da órden á tu criado
que la cuide.

Ric. Bueno está

mi criado! Hoy he salido;
y como casi jamás
vuelvo hasta hora de comer,
cuando como aquí...

EMILIA. Lo cual

no es muy frecuente.

Ric. Ello es que

tuve por casualidad
que dar á muy poco rato
la vuelta, para tomar
dinero, y entré de pronto
y me encontré al perillan
envuelto en mi bata rusa,
tumbado sobre el sofá
y fumándose mis puros
en mi pipa, hecho un sultan.

EMILIA. (Sonriendo con indiferencia.)

Tal vez sería que el pobre
la querria culotar.

Ric. Yo sí que le culoté
zurrándole el cordoban
y poniéndole en la calle

de patitas; y de hoy más,
cierro mi cuarto y me llevo
el llavín en el gaban.

(Lo saca y enseña.)

Estar en Sierra Morena
ó en Madrid, todo es igual.

(Emilia se cubre la boca con un pañuelo como si
bostezara ligeramente.)

Perdona, es la una, y veo
que empiezas á bostezar,
(Levantándose.

y te estoy importunando.

EMILIA. No.

Ric. Tu excesiva bondad
nunca diría otra cosa;
me retiro á descansar.

EMILIA. Como quieras.

Ric. (Tomando la palmatoria,)
Esta noche,

por sufragio universal,
eras la reina del baile.

EMILIA. (Emilia levantándose y dirigiéndose al tocador á
buscar una entrega.)

Eso, tal vez, andará
en opiniones; apuesto
á que á tí te gustó más
la de Cierzo.

Ric. No por cierto:
nunca tuvo la mitad
del gusto que tú en vestirse:
no me he podido acercar
á ninguna que, creyendo
halagar mi vanidad,
no me dijese: «Ricardo,
Emilia está celestial.»

EMILIA. (Volviendo del tocador con la entrega.)

Más vale así, porque á mí,
á decirte la verdad,
sólo me lo han dicho ellos.

Ric. Lo creo.

EMILIA. Y es natural;
los hombres lo dicen siempre,

siquiera por halagar:
como eso no cuesta nada...

RIC. Ah, pérfida! (Sonriendo.)

EMILIA. Yo?

RIC. Sí tal.

¡Qué bien has coqueteado!

EMILIA. Un poquito y nada más.

RIC. Pues...

(Deja la palmatoria y va á apoyarse con los dos brazos en el respaldo de un sillón, y Emilia se queda de pie, apoyando las manos en el velador, en la parte opuesta.)

cuando te levantaste
á romper el primer vals
con el vizconde, tenías
una sonrisa fugaz
de íntima satisfacción,
y un *sheek* tan espiritual
de indolencia y de abandono...

EMILIA. Te lo han hecho reparar
también ellas?

RIC. No por cierto:
ellas no cazan jamás
esos toques en su sexo;
los efectos del imán
no es el imán quien los siente,
sino el acero.

EMILIA. Y qué más?

RIC. Que me daba envidia el verte
presa en brazos de un galán
tan pavo como el vizconde,
que, de fijo, es incapaz
de saberte dar el culto
que merece tu beldad.

EMILIA. (Con risueña malicia.)
Enséñaselo: estoy cierta
que él te lo agradecerá.

RIC. Si es un trompeta.

EMILIA. ¿Un trompeta?

Pues toca muy regular.

RIC. Esa es la fama de moda
que las mujeres le dais.

- EMILIA. Pues cree que las mujeres
de balde nunca la dan.
¿Quién te ha dado á tí la tuya?
- RIC. Creo merecerla más,
y deseaba probárselo
contigo misma.
- EMILIA. (Riendo.) Já! já!
Hubiera tenido gracia
que á los dos años de estar
en completa interrupcion
de trato de intimidad,
tú en tu cuarto y yo en el mio,
sin permitirnos jamás
traspasar ni una vez sola
la frontera conyugal,
te hubiese dado esta noche
por venirme á enamorar.
- RIC. Tuve grandes tentaciones
de emprenderlo.
- EMILIA. (Con indiferente despegó.) Quitá allá.
- RIC. ¿Qué me habrías contestado?
vamos á ver: la verdad.
- EMILIA. Qué sé yo! Esas escenas
no las ensayo jamás.
- RIC. Te parece si mi voz
hubiera sabido hallar
eco en tu alma?
- EMILIA. (Eludiendo alegremente.) Has bailado?
- RIC. (Gesto de contrariado.)
No bailo: veo que estás
muy distraída esta noche.
- EMILIA. Me has visto bailar el vals?
- RIC. (Mohino.)
Sí: y por cierto que el vizconde...
- EMILIA. (Con imperiosa aspereza.)
Déjale al vizconde en paz.
¿Se mete acaso él contigo?
- RIC. Toma! ya se guardará.
- EMILIA. Estás más tonto!...
- RIC. Por qué?
- EMILIA. Por nada. Vete á acostar.
(Se levanta y se dirige al tocador.)

- Ric. Si eh?
(Toma la palmatoria y despues de una breve pausa.)
Vaya.... buenas noches.
- EMILIA. Muy buenas, abur. (Sin volver la cara.)
- Ric. (Se encoge de hombros despues de volver los ojos á Emilia, que estará de espaldas.)
Está!... (Ap.)
(Esta palabra la explicará con el gesto que dé á entender, «Está asperilla, pero divina;») me contraría el dejarla ahora. Váse por donde entré.)

ESCENA II.

EMILIA.

Es menester que concluya
su imperdonable desvío;
ó de hoy más es todo mio,
ó no vuelvo yo á ser suya.
Esos hombres de talento
creen, que al darnos su nombre
lo han hecho todo; y que el hombre
se casa por cumplimiento;
y el contrato conyugal
va siendo ya, en el buen tono,
como... una especie de abono
para el Teatro Real,
en que sólo hay compromiso
hasta fin de temporada;
esa escuela depravada
ha de acabarse, es preciso.
Eso de que impunemente
á sus anchas se revuelva,
y hasta que vuelva... ó no vuelva,
séale usted consecuente;
en dejádoselo hacer,
para el hombre es una breva;
pero... pone á dura prueba
la virtud de la mujer.
Yo tambien tengo pasiones;
y el verle de otras en pos
hace una sangre... que... Dios

nos libre de tentaciones.
Con tan procaz desenfreno
no hay dignidad que transija;
y á no mediar nuestra hija...
ya vería lo que es bueno.
Tentaré el postrer partido
para traerle á la mano:
si le gano... eso me gano;
si le pierdo... ¡más perdidol...

(Transición reflexiva.)

¿De qué vacío adolece
el alma de la mujer,
que haya siempre de querer
al que ménos lo merece?

(Pausa.)

¿Cómo no vuelve? qué hará?

(Se acerca á la puerta á oír.)

Oigo que riñe á un criado.

(Con intencionada seguridad.)

Esta noche no hay cuidado,

ya sé yo que volverá.

(Va á sentarse á la izquierda del velador, toma la entrega y hace que lee.)

ESCENA III.

EMILIA y RICARDO llamando á la puerta.

RIC. Emilia.

EMILIA. Qué?

RIC. Das permiso?

EMILIA. Adelante.

(Entra Ricardo con la palmatoria en una mano y el llavín en otra.)

Qué ha pasado?

RIC. Que mi maldito criado
me ha puesto en un compromiso.
Sin duda ántes de salir,
por la zurra que llevó,
la cerradura rompió,
y ahora no puedo abrir.

EMILIA. (Riendo.) ¡Qué cosas tienes!

- Ric. Pardiez!
¿te figuras que lo invento?
(Emilia le mira sonriendo con malicia.)
¿Á que crees que es un cuento
para volver otra vez?
- EMILIA. No, hombre; no creo nada.
- Ric. Si me lo das á entender!
Ven conmigo, vas á ver
de qué modo está cerrada.
- EMILIA. Que esté cerrada ó abierta
qué más me da! ¿Es porfía
que coja una pulmonía
para ir á ver tu puerta?
- Ric. No; pero probarte quiero
que si la puerta no cede
por más que empuje, procede...
- EMILIA. Que llames al cerrajero.
- Ric. En efecto; es el remedio
más eficaz... pero ahora...
me parece que la hora
es algo...
- EMILIA. No sé otro medio. (Lee.)
(Pausa de Ricardo, mira su llavin.)
- Ric. (Contrariado y como para sí.)
Cuando el diablo se desata...
(Sopla en el llavin y lo hace silbar dos ó tres
veces.)
- EMILIA. Vienes á darme un concierto
de llavin?
- Ric. Perdona, es cierto;
esta música no es grata.
¿Qué diablo! y el caso está
que si no consigo abrir,
no sé dónde iré á dormir.
- EMILIA. (Indiferente.)
Ahí tienes un sofá.
- Ric. (Gesto de disgusto mirando el sofá. Mirando á
Emilia, que lee y para sí.)
Si encontrara algún resorte
sin rendir el pabellon...
(Alto y apoyando los brazos en el respaldo de una
silla.)

Qué lees?

EMILIA. Una excursion
de ingleses al polo Norte.

RIC. ¿No se helaron?

EMILIA. No.

RIC. Raro es,

allí se hielan en breve.

¿Se toma entre aquella nieve

cada sorbete de inglés!

¿y está bien escrito?

EMILIA. Sí.

RIC. Será muy interesante
segun parece.

EMILIA. Bastante.

RIC. Cuánto mejor se está aquí!

EMILIA. Segun.

RIC. (Con intencion.) Lo que es yo, prefiero
oir tu voz deliciosa,
á esa region nebulosa
de cincuenta bajo cero.

EMILIA. Gracias.

RIC. Pero amiga, el polo
va helando por gradación
hasta tu conversacion,
y me deja hablando solo.

EMILIA. Venías á hablar conmigo?

RIC. Si no te fuese molesto,
lo prefiriera.

EMILIA. Protesto
que no caí en ello, amigo.
(Deja el libro.)

Despues de esa quisicosa
de la puerta, me creí
que sólo entrabas aquí
por... arribada forzosa.

RIC. Por Dios, Emilia. (Me ha hundido.)

EMILIA. Pero si has venido á hablar,
(Lo cierra.)

estoy dispuesta á escuchar
cuanto quiera mi marido.

RIC. Pues... sí. Fijé hoy mi atencion
mucho y mucho en tí;

(Gesto de extrañeza en Emilia.)
de veras;

y si me lo permitieras
te haría una observacion.

EMILIA. Sobre?

RIC. Sobre que contigo
sabes que no soy celoso;
y nunca hablo como esposo,
sino como un buen amigo.

EMILIA. ¿Quieres un consejo oír?
Si es tuyo, con fruicion:
pero.. con la condicion
de que no lo he de seguir.

RIC. Harás muy mal.

EMILIA. Qué se yo!

RIC. Porque al dártelo, sería
por tu bien.

EMILIA. Apostaría
á que es por el tuyo.

RIC. No.

EMILIA. De veras!

RIC. Bien sabes que
muy libre la accion te dejo.

EMILIA. Cierto. Venga ese consejo
dado de tan buena fe.

RIC. Pero, en confianza completa;
me prometes previamente
contestarme francamente
á una pregunta concreta?

EMILIA. Segun... cual.

RIC. Sin tu respuesta,
base de la discusion,
no hay consejo ni hay cuestion.

EMILIA. ¿Cuál es la pregunta?

RIC. Es esta.
Des que en nuestra sociedad,
en virtud de anchas reformas,
suplimos con buenas formas
la falta de intimidad,
en la plena independencia
con que usas de tu derecho;

(Rebuscando manera delicadísima de decir.)

¿No tienes nada... en tu pecho...
que... moleste tu conciencia?

Ya ves, solitos estamos,
y esta es mi pregunta sola.

EMILIA. (Riendo.) Pues apenas trae cola
la pregunta, que digamos!

RIC. Ninguna absolutamente,
no es que pretenda saber;
si no quieres responder
hago punto y tan corriente;
y en fe de que tu marido
nunca te puede acusar,
que empiezo por confesar
que yo obré... como un perdido.

EMILIA. Ya es algo! y quieres saber...

RIC. Si mientras perdido anduve
oscureció alguna nube...
el cristal de la mujer.
Hélo aquí sin reticencia.

(Emilia pasa sus dos manos por la cara y se queda
apoyando la cabeza en los índices y mirando al
techo en actitud reflexiva.)

¿Lo estás buscando en el techo?

(Esto debe ser dicho sonriendo, pero con mal di-
simulada zozobra.)

EMILIA. La pregunta que me has hecho
pide exámen de conciencia.

RIC. Pero... su historia pasada
quién no sabe de memoria?

EMILIA. Pues bien, en toda mi historia
no hay ninguna hoja manchada.

RIC. (Dando una ancha respiración y tomándola la ma-
no por encima del velador.)

Puesto que aún brilla en tí
de la pureza el reflejo,
escucha mi gran consejo:

(Con festiva ligereza.)

procura seguir así.

EMILIA. (Retirando la mano con mal contenida ira.)

¿De veras, eh? pues amigo,
yo contesto al consejero

(Levantándose y con toda la energía de la digni-

- dad ofendida.)
que en mi cuarto no tolero
que se divierta conmigo.
Ric. ¿Divertirme en eso? Cá!
hoy al vizconde observé,
y sólo con verle, sé
fijamente á dónde va.
No tengas duda: yo leo
en la pupila encendida
de un hombre, muy definida
la extension de su deseo.
Si fueses tú una mujer
ducha en las lides de amor,
de esas mil, cuyo pudor
tiene poco que perder,
no te hubiera dicho nada:
¿quién, á no ser insensato
pierde el tiempo en el ornato
de una vasija quebrada?
Pero al ver tu limpia fama
tal vez espuesta á un azar,
en que puede naufragar
el buen nombre de una dama;
ántes que tome un mal sesgo
la que bien obró conmigo,
á fuer de hidalgo y de amigo
quiero advertirla del riesgo.
EMILIA. Hé aquí un orador de talla
que acabará por probarme
que aun debo felicitarle
de que él sea tan canalla.
Ric. Por Dios, Emilia; hazte cargo
que esa calificacion
es algo...
EMILIA. (Atajando ligera.) Tienes razon,
eres un pillo muy largo.
Ric. (Cariñoso y risueño.)
Oye bien, que esta cuestion
vale la pena.
EMILIA. (Risueña y complaciente.)
Te escucho.
Ric. Emilia, tú vales mucho.

en belleza y corazon.
La mujer de tu valía
que guarda entero el pudor,
no tiene riesgo mayor
que el de una pasión tardía:
porque así que su persona
ha alcanzado su apogeo...

EMILIA. ¿Á que con tanto floreó
me vas á llamar jamona?

RIC. Sería una grosería
y una injusticia además,
hoy más que nunca, que estás
en tu pleno medio día:
pero ese mismo período
que toca al supremo grado
de un pasajero reinado
en que se avasalla todo,
tiene para la mujer
un brillo tan seductor,
que aun perdido con honor
duele mucho de perder.
No hay mujer que haya negado
que los ojos se le mojan
cuando los años deshojan
las flores de su reinado:
y una nube de tristeza
vela de tibios colores
la caída de esas flores
honradas por la pureza.
Pero al fin, á su pesar,
en el espejo divisa
cierta nieve...

(Señalando canas en el cabello. Viva impresion de Emilia.)

que la avisa
que es la hora de abdicar.
Si baja del pedestal
con su dignidad entera,
halla en la grada postrera
el respeto universal:
queda algo en su limpia frente
que obliga al mundo, á su paso,

á inclinarse ante el ocaso
de la persona decente.
Mas si esa misma beldad,
en su apogeo boyante,
escucha un día á un amante
á quien quiere de verdad,
y le halaga de tal modo
su figura ó su renombre,
que dice al fin: «por ese hombre
voy á jugármelo todo;»
al dar el paso indiscreto
que por siempre la extravía,
tal vez no sucumbiría
si supiese el gran secreto:
y es, que el hombre se fascina
por la belleza exterior,
y siente helarse su amor
cuando la beldad declina;
y entónces, por muy pintada
que ella se ofrezca á su vista,
no hay amante que resista
á una belleza arrugada;
y en la mirada glacial
del hombre á quien rinde el tédio,
lee claro: «no hay remedio;
esto ha llegado al final:»
y peor que en Vaterló,
con llanto que el alma brota,
ve que en su plena derrota
ni aun el honor se salvó.
EMILIA. Resulta de ese argumento,
que si con talento y fama
te dedicas á una dama,
y á fuerza de sentimiento
la haces al fin criminal,
por ceder ella á tu halago,
tú le preparas en pago
ese bonito final!
Si hay justicia que aplicar
en este caso, á mi ver,
al llorar esa mujer
á tí te deben ahorcar.

- RIC. Mi falta no la dispensa
de defenderse con brío,
porque si el ataque es mío,
suya sola es la defensa.
¿Por qué al verse amenazada
el camino no me cierra?
- EMILIA. Porque hay tu refrán de guerra
que dice... plaza sitiada!...
que la obliga á sucumbir
tras de un cerco prolongado.
¿Te figuras que á tu lado
no he aprendido á discutir?
- RIC. Que doble la artillería
si estima su honor de veras.
- EMILIA. Si tú no la persiguieras
no la necesitaría.
- RIC. Que defienda su buen nombre.
- EMILIA. Lo defiende mientras puede.
- RIC. Suya es la culpa si cede.
- EMILIA. La principal es del hombre.
- RIC. Por Dios, hija, esa razón
es absurda.
- EMILIA. Es concluyente.
- RIC. No hay paridad.
- EMILIA. La hay.
- RIC. (Levantándose exasperado.) Corriente,
se acabó la discusión.
(Se pasea agitado y se para de repente ante el
público.)
¡Me saca de mis casillas!
Cuántas más pruebas le doy
más terca está.
- EMILIA. (Ap. Desde su asiento, con saña y resuelta intencion.)
Lo que es hoy
te has de poner de rodillas.
(Pausa en que ella se hace la distraída y prorrumpe de repente en tono festivo y ligero.)
Ricardo.
- RIC. Qué?
- EMILIA. Deseaba
consultarte una cuestión,

que con tanta discusion
inútil se me olvidaba.

RIC. Qué es ello?

EMILIA. Nada de riña:
detalles del interior.

¿Qué colegio hallas mejor
para educar á la niña?

RIC. Tú dirás.

EMILIA. La mandaré
á las Ursulinas.

RIC. No;
edúcala en casa.

EMILIA. Yo
no lo quisiera...

RIC. Por qué?

EMILIA. Porque, aunque es muy niña, tiene
precocidad singular...
y aquí... se puede enterar...
de cosas... que no conviene.

RIC. Qué escrúpulos tan extraños
te vienen siempre á asaltar!
¿De qué se puede enterar
una niña de seis años?

EMILIA. Tu hija es una centella;
y aquí el servicio... y el roce...
ya lo verás, se conoce
que te fijas poco en ella!

(Con risueña fruicion.)

Hoy, así que despertó,
me dijo: dime, mamá,
me quiere mucho papá?

—Hija, lo mismo que yo:
por qué lo dices?—Lo digo
porque yo nunca le veo,
y ni me lleva á paseo
ni viene á jugar conmigo.

RIC. Le debiste responder
que yo estoy...

EMILIA. (Con ligereza y finísima ironía, sin perder la na-
turalidad.)

Pues claro está!

Le he dicho que su papá

tiene... otras cosas que hacer.

Los hombres tienen deberes

apremiantes y prolijos,

y el cuidado de los hijos

pertenece á las mujeres.

Ric.

Procura formar su instinto

en la moral más severa:

uno será lo que quiera,

una mujer es distinto.

Ellas penden de un cabello!

EMILIA.

Y ellos consagran su edad

al bien de la sociedad.

Ric.

Eso es.

EMILIA.

¡Y así anda ello!

Hé aquí una empresa en la cual

puedes adquirir renombre:

tú, que siempre has sido un hombre

tan rígido en la moral,

con tu doctrina ilustrada

dale escudo que la guarde.

Ric.

Eso haré: pero... más tarde,

así que esté más formada.

EMILIA.

(Con más fina y risueña ironía.)

Entonces valdrá un Perú.

¡Y qué placer tan cumplido

si un día... encuentra un marido

de talento... como tú!

Ric.

(Después de haber recogido todas las alusiones con fingida serenidad, contesta con risueño y esquisito buen tono.)

Ya que con sarcasmo impío

tu labio me reconviene;

¿quieres decirme, quién tiene

la culpa de mi extravío?

EMILIA.

¡Puede que la tenga yo! (Casi riendo.)

Ric.

¿Quién lo duda?

EMILIA.

Verá usted

como al pobrecito fué

su mujer quien le perdió!

Ric.

(Muy natural.)

Plantearé la cuestión,

y tú misma fallarás.

EMILIA. (Con intencion grande.)

Mira, Ricardo, que vas
á llevar un revolcon!...

RIC. Á llevarlo estoy dispuesto.

EMILIA. Pues plantea cuando quieras.

RIC. Va de veras.

EMILIA. Muy de veras.

RIC. Sin retintin.

EMILIA. Por supuesto.

(Se sientan junto al velador.)

RIC. Al ir á ser tu marido,
concederás de buen grado
que hombre más enamorado
no se casa.

EMILIA. (Encogiéndose de hombros con indiferencia.)

Concedido.

RIC. Entre las bellas sin cuento
de nuestro rango social,
nunca te encontré rival
en belleza ni en talento.

EMILIA. (Con agradecimiento y cortesía.)
Hombre, qué galante estás!...

RIC. Al tratarse de mi esposa
tal vez le niegue otra cosa,
pero justicia, jamás;
ya sé yo que la fe rica
de nuestra ilusion primera
es un ave pasajera,
que si bien se domestica,
aunque le den un palacio
por jaula, se cansa de él
y un dia salva el dintel
y á cruzar vuelve el espacio.
Sería un insigne error
mirarlo bajo otro prisma,
nunca pasó de un sofisma
la eternidad del amor.
Huye sin decir adios,
pero deja alguna cosa
de intimidad cariñosa
que falta en nosotros dos.
¿Por qué falta? No lo sé,

ni nunca lo he puesto en claro.

EMILIA. (Con amarga sonrisa.)
¿En dos años? Es muy raro
que no sepas el por qué!

RIC. Lo que es sobre eso, en la vida
me hubiera ocurrido hablarte:
hay en ello alguna parte
de dignidad ofendida:
pues, dos años debe haber,
que al venir aquí el esposo
á buscar el delicioso
coloquio de su mujer,
impidiéndole la entrada
con acento harto severo,
le dijiste: «Caballero,
(Señalando la puerta por donde entró.)
esa puerta está cerrada.»
Tomé tu frase en el acto,
por pique de una alma ilusa,
y en vano esperé una excusa
que aún no ha venido.

EMILIA. (Con gravedad.) Es exacto.

RIC. Siguió á eso un trato frío
que nuestro amor disipó,
y el buen tono se encargó
de llenar aquel vacío.
Y admirando siempre toda
la extension de tus encantos,
hemos hecho uno de tantos
matrimonios á la moda.
Yo era jóven, y el placer
confieso que me arrastraba.
¿Si mi mujer no me amaba,
qué había de suceder?
Que si hoy por mi desvarío
tu labio me reconviene,
dime tú misma quién tiene
la culpa de mi extravío.

EMILIA. No es fácil que nuestro acento
convenga en cuestion tan seria,
cuando uno habla de materia
y otro habla de sentimiento,

yo siempre había creído,
por ignorancia quizás,
que el amor era algo más
que ese amor que tú has sentido,
y que la ley del deber
obligaba al cumplimiento
de un sagrado juramento
hecho á Dios y á la mujer.
La fe que tu honor juró
poniendo á Dios por testigo;
¿antes de romper contigo
lo guardaste, si ó no?
Sé leal.

RIC. (Embarazado) Dios nos impuso
esas leyes, y aunque suaves,
á fuer de antiguas ya sabes
que han caído algo en desuso:
y como el hombre disfruta
cierta libertad de acción,
sabes que sus faltas son
sólo *peccata minuta*.

EMILIA. Lo que yo sé, es que no es dable
cuando un hombre á otro se obliga,
faltar, sin que el mundo diga,
«ese hombre es un miserable;»
y de la fe quebrantada
por malicia ó por traición,
suelen pedirle razón
con la punta de una espada,
y le obligan á salir
de su infamia á responder:
sólo la pobre mujer
es quien no puede pedir.

RIC. La cuestión de los deberes
es una cuestión moral
de un orden trascendental,
que no alcanzan las mujeres.

EMILIA. No dudo que sea así,
mas no sirven evasiones,
yo no discuto cuestiones,
sólo te discuto á tí.

RIC. Hazlo sin dificultad,

que estoy dispuesto á escucharte,
mas no olvides que soy parte
de una colectividad.

EMILIA. (Con seguridad y aplomo.)
Tenía yo una alborada
de ilusion y de ternura,
en cada flor de mi pura
corona de desposada;
y nunca pude pensar
sin lastimar tu decoro,
que al parte aquel tesoro
me lo pudieses robar:
y que un hombre caballero
sostuviera en su impudencia:
«yo que no tengo más creencia
»que la del placer grosero
(Con creciente excitacion.)
»en mi proceder bastardo
»aún vengo á exigir de tí,
»que guardes fiel para mi
»un honor que yo no guardo.
»Y como es débil tu ser
»y hay que luchar con fiereza,
»te exijo la fortaleza
»que yo no puedo tener.
»Porque para mí, hay la vida
»de goce y holgura extrema;
»para tí, no hay más dilema
»que ser mártir ó perdida.»
(Transicion á una ligereza irónica.)
Hay lógica, eh?

RIC. (Desconcertado, pero fingiendo serena formalidad.)

Segun

como interpretarse quiera;
hay que distinguir.

EMILIA. (Con aparente calma.) Espera,
que no he concluido aún.

(Con decepcion.)

Cuando ve la pobre esposa
que el amor se deja atrás,
y que la vida no es más
que esa repugnante prosa,

y no encuentra compensada
su pasión de ningún modo,
y á cambio de darle todo,
ella no recoge nada;
ante esa doble tensión
de sufrir y de querer,
no dudes que esa mujer
padece del corazón.
Y en la soledad quizás,
su amargura devorando,
lo va llenando y llenando
hasta que no cabe más:
y cuando al fin el quebranto
hace saltar los cerrojos,
el corazón á los ojos
empuja un raudal de llanto,
y hasta que los desengaños
agoten todo el dolor,
la que tiene mucho amor
puede llorar muchos años;
pero al fin llega una hora
en que el llanto ha concluido,
(Levantándose y en actitud intencionada y amenazadora.)
y entonces... ¡ay del marido
cuando su mujer no llora!

RIC. (Impresionado y con ansiedad.)

¡Emilia!...

EMILIA. (Resuelta y llevando gradualmente la explosión de la dignidad ofendida.)

Pues qué has creído?

¿que al darte yo el alma mía,
mi dignidad sufriría
que la dices al olvido,
y en pago de un corazón
que te daba sus latidos,
atronasen mis oídos
tus conquistas de salón,
y que tu lengua, que allí
tantos lauros conseguía,
cuando á mi lado volvía
fuese muda para mí;

(Con gesto de repugnancia.)
y extenuado de placeres
vinieras á hacerme agravios,
palpitando aun en tus labios
los besos de otras mujeres?
(Con violenta y nerviosa resolucion.)
Ante afrenta tan prolija
se arranca el amor de cuajo.

RIC. (Bajando la voz mucho, suplicante.)
Más bajo, por Dios, más bajo,
que lo puede oir mi hija.

EMILIA. (Reponiéndose y bajando el tono.)
Ante tu modo de obrar
de ingratitud sin ejemplo,
no consentí que este templo
se viniese á profanar.
En él mi hija nació,
y por eso aquella puerta
que el amor dejaba abierta,
la dignidad la cerró.

RIC. Basta... déjalo... y te ruego
que no discutamos más...
yo no imaginé jamás
haberte hecho... ¿estaba ciego?...

EMILIA. Permíteme que me choque
que tan ciego puedas ser.
¿Creiste que tu mujer
era acaso de alcornoque?
Se subleva mi albedrío
ante el ultraje ominoso
de ser nunca de un esposo
que no sea todo mío.

RIC. Cálmate y dime, si ahora
quisiera serlo, ¿qué harías?

EMILIA. (Con frialdad absoluta.)
Decirte que te expondrías
á haber llegado á deshora.

RIC. No obstante, ántes de irte al lecho
quieres hacerme un favor?

EMILIA. Cuál?

RIC. Regalarme la flor
que tienes puesta en el pecho.

- EMILIA. Esta?
RIC. Sí.
EMILIA. No, por mi vida.
RIC. No quieres que yo la guarde?
EMILIA. Hasta en eso llegas tarde:
la tengo comprometida.
RIC. Ah! sí?
EMILIA. Lo siento.
RIC. Y... á quién?
EMILIA. Á uno, que en forma esquisita
me dijo, que aun marchita,
juraba guardarla bien.
RIC. Emi ia, tú tienes hoy
mi salvacion en tu mano:
dame esa flor.
EMILIA. Es en vano.
RIC. Te la exijo.
EMILIA. (Con entereza.) No la doy.
RIC. (Sentido.) Si á toda voz de mi amor
está tu pecho cerrado,
debiste haberte callado
y hubieras hecho mejor.
EMILIA. Recuerdo que entre los dos
manan sangre las heridas.
RIC. Si no perdonas ni olvidas
no sé qué decirte. Adios.
EMILIA. Que descanses.
RIC. Ni aun me das
la mano?
EMILIA. La mano sí.
RIC. (Tomándosela y teniéndola con sentida resolucion.)
Emila, salgo de aquí
y no vuelvo á entrar jamás.
Culpa solo tu entereza
si un dia me reconvienes.
EMILIA. (Soltando, encogiéndose de hombros y mirándole
con ternura en la frente.)
¡Qué remedio! Mira, tienes
una cana en la cabeza.
RIC. ¡Bonito descubrimiento!
EMILIA. Espera, que está muy fea,
parece un tope que ondea

bandera de parlamento.

(Va por las pinzas al neceser y vuelve.)

Ya que tan poco donaire
tienes hoy en discutir,
siquiera podrás decir
que echaste una cana al aire.

RIC. Me habrá salido temprano
de ver tu pena quizá.

EMILIA Si fuese de eso, tiempo ha
que debieras estar cano.
No obstante, quiero pagar
mi cuenta al maravedí,
si te ha salido por mí,
yo te la voy á quitar.

RIC. Es capricho?

EMILIA. Puede. Estás
muy alto.

RIC. Me bajaré.

(Emilia coloca la palmatoria en el borde del vela-
dor y se sienta en una silla ó sillon bajo; á la iz-
quierda.)

EMILIA. Ven acá.

RIC. (Inclinándose mucho.) Llegas?

EMILIA. No á fe.

Baja más, un poco más.

(Ricardo habrá ido bajándose hasta tener precision
de doblar una rodilla.)

Así. (Se la quita.) La ves? ya salió.

RIC. Gracias, hija. (En actitud de levantarse.)

EMILIA. (Reteniéndole.) Espera.

RIC. ¿Hay más?

EMILIA. (Sonriendo.) No; pero que ahora que estás
de rodillas, habla.

RIC. (Reparando en ello.) Yo?

Con harta razon me humillas,
porque he sido un Lucifer,
y ante tí, santa mujer,
bien puedo estar de rodillas.

EMILIA. (Profundamente conmovida.)

Levanta, Ricardo mío!

(Con tiernísima melancolia mostrándole la cana.)

Hé aquí el color externo

del primer cisne de invierno
que anuncia el rigor del frío.
Dicen, que al verle asomar,
hasta el que en los valles mora
va comprendiendo que es hora
de recogerse al hogar.

Nuestra juventud es breve
y pierde pronto su esmalte.

(Prerumpiendo en llanto.)

yo no quiero que te falte
abrigo al venir la nieve.

RIC. (Loco de ternura y alegría.)

Bien haya el que me cerró
hoy de mi cuarto la puerta,
que en cambio me deja abierta
la del cielo.

EMILIA. (Sonriendo.) He sido yo.

RIC. Tú?

EMILIA. Yo misma.

RIC. Ah mi tesoro,

ángel de mis buenos días,

seré bueno: aunque te rías!

EMILIA. Tonto, pues no ves que lloro!

Era un dolor tan tenaz

tu indiferencia inhumana,

que de tu primera cana

quise hacer iris de paz:

me empañó mi amor en ello,

y amando, ántes de ceder

se defiende la mujer

hasta ASIRSE DE UN CABELLO.

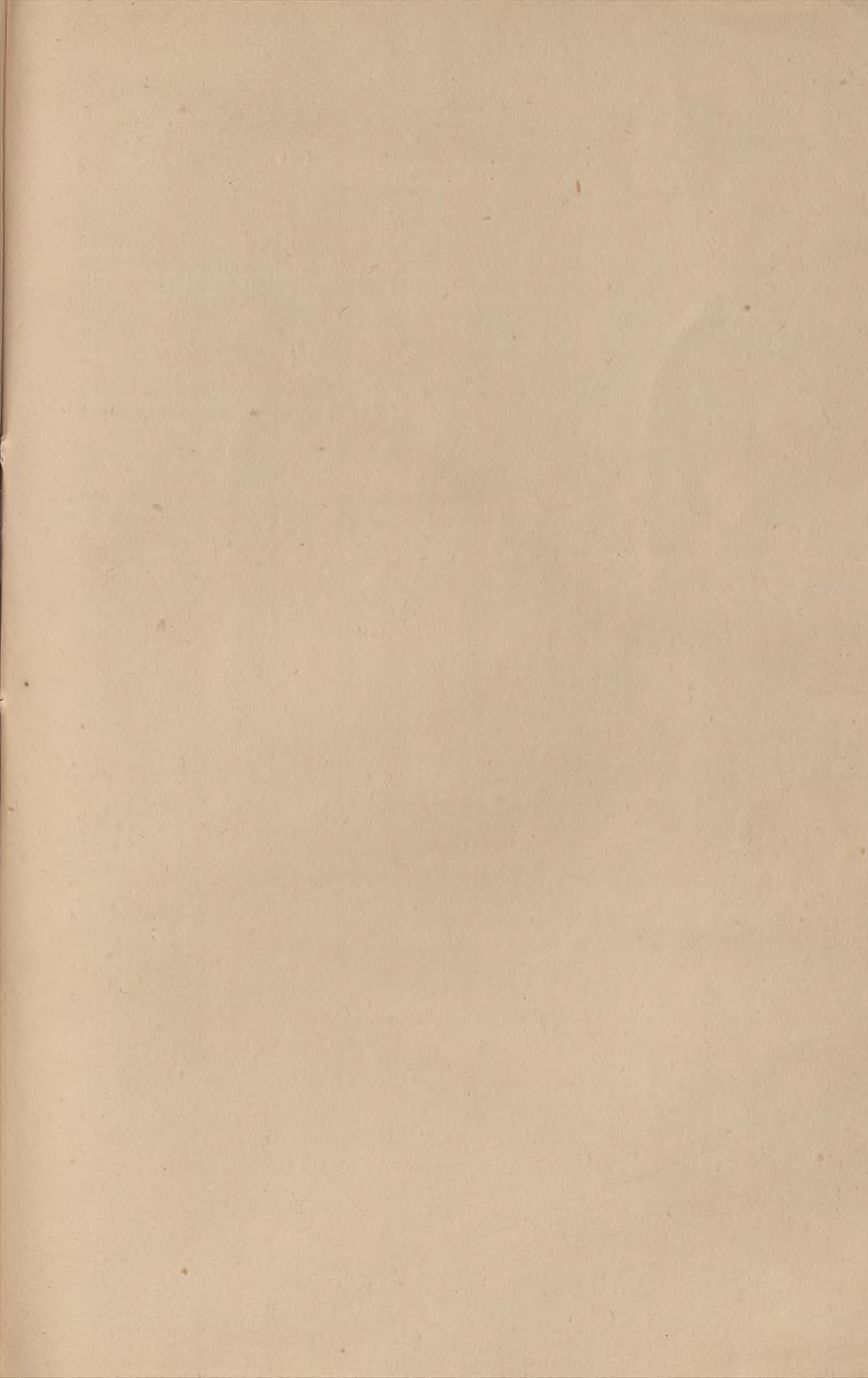
(Ricardo la abraza mirando la flor que tiene en el
pecho, ella lo comprende, se la quita y se la da.
Aprieta suavemente la flor y la mano de Emilia so-
bre su corazón con la derecha, la abraza con la iz-
quierda mirándose cariñosamente en sus ojos y cae
el telón.)

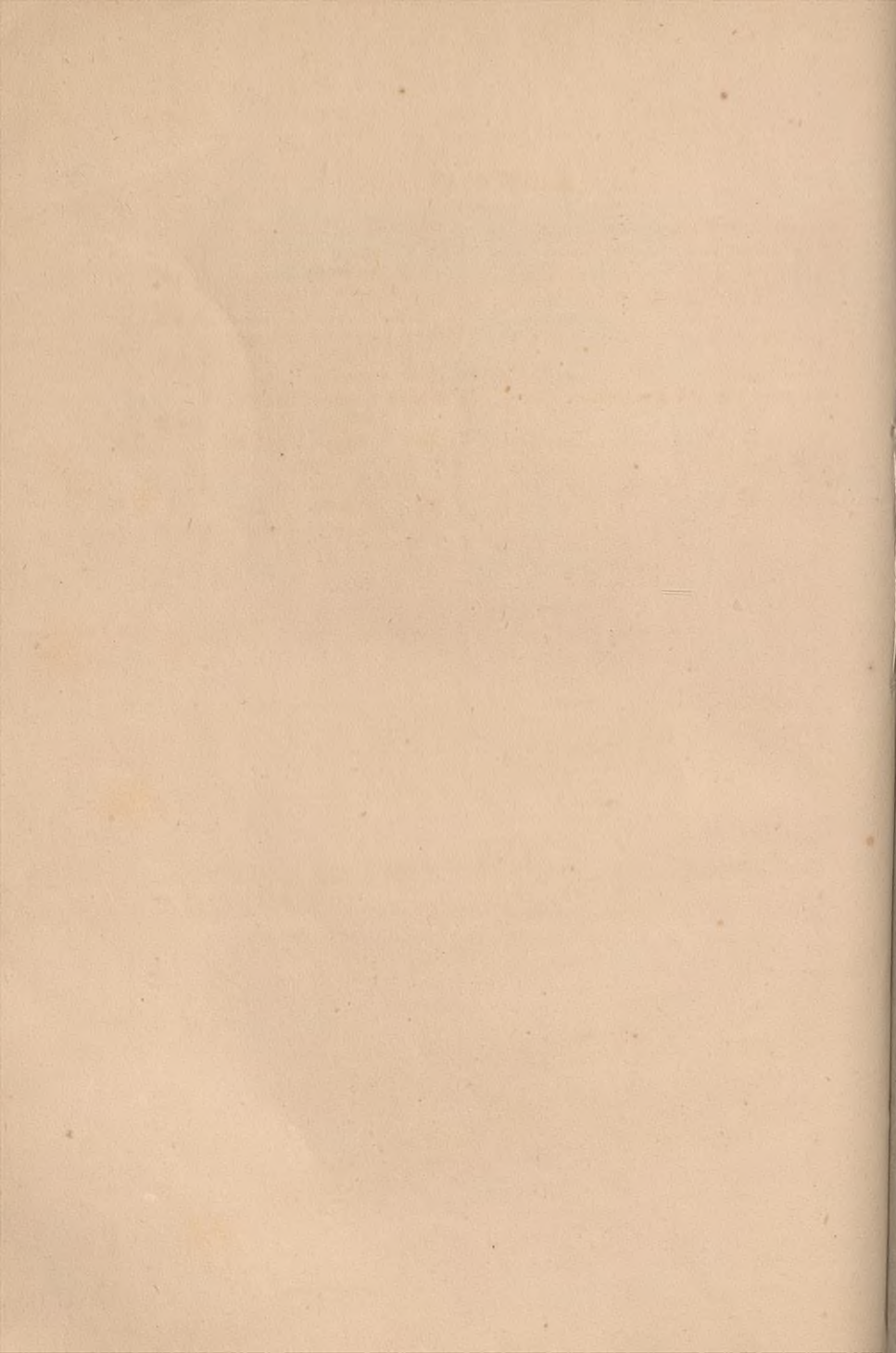
FIN DEL PASILLO.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 14 de Abril de 1868.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.





ZARZUELAS.

Consuelo... de tontos.....	1	Sres. Granés y Varios...	L.
Contra ira paciencia.....	1	D. Federico de Olona..	L.
Dudas y celos.....	1	C Navarro.....	L. y M.
El salto del Gallego.....	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto.....	L. y M.
Las ferias.....	1	Sres. Barranco, Ossorio, y Bernard.....	L. y M.
Los dos cazadores.....	1	D. G. Cereceda.....	M.
Los duelos con pan son menos.....	1	Sres. Fovedano, Granés, y Prieto.....	L. y M.
Ternera, 7, 3.º.....	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
El hijo de la bruja.....	3	D. Emilio Álvarez.....	L.
Juana, Juanita y Juanilla.....	3	Emilio Álvarez.....	L.
La banda del Rey.....	3	Sres. Álvarez y Caballero.....	L. y 1/2 M.
Sobre ascuas.....	3	D. Emilio Álvarez.....	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—
Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.